

## Observaciones sobre helenismos y latinismos recientes en el campo de la nomenclatura zoológica

### Remarks on Recent Uses of Greek and Latin Words in the Field of Zoological Nomenclature

Jorge Bergua Cavero  
Universidad de Málaga  
[bergua@uma.es](mailto:bergua@uma.es)

RESUMEN	SUMMARY
El artículo ofrece un panorama breve pero representativo de los derroteros por los que se mueve en la actualidad la terminología zoológica, muy especialmente la que afecta a los vertebrados, tanto en el neolatín científico —que es su vehículo original— como en las lenguas modernas, con atención preferente al español. Todo ello se considera no desde el punto de vista del naturalista, sino del estudio de los helenismos y latinismos modernos, cuya morfología y semántica siguen a menudo unas pautas muy distintas a las que regían la formación de palabras en las lenguas antiguas, por lo que, se argumenta, merecen una atención particularizada por parte del filólogo clásico.	The article provides a concise but representative panorama of some recent tendencies in zoological nomenclature, especially in terms regarding the vertebrates. It focuses both in scientific Neolatin (the original vehicle for this terminology) and in modern languages, with particular attention to Spanish. The paper does not consider the scientist's point of view, but that of a linguist interested in Greek and Latin word constituents in European languages. Both of them, from a morphological and semantic standpoint, often behave in a quite different way in comparison with ancient Greek and Latin. This is the reason for which they deserve, as it is argued, the careful attention of the classical scholar.
PALABRAS CLAVE	KEY WORDS
Helenismos, latinismos, lenguas modernas, neolatín científico, nomenclatura zoológica.	Greek and Latin word constituents, scientific Neo-Latin, zoological nomenclature.

Uno de los campos más fértiles para el estudio de los helenismos y latinismos de nuevo cuño en las lenguas modernas sigue siendo el de la nomenclatura zoológica (y biológica en general). Y esto por una razón muy simple: una vez asentada en tiempos de Linneo (a partir de su *Systema naturae*, 10ª edición, 1758) la costumbre de dar formalmente nombre greco-latino a todos los animales, y también a los distintos taxones en que la sistemática los organiza (filo, clase, orden, familia, etc.), al cabo de doscientos cincuenta años de actividad no es fácil que cambie radicalmente esta tradición, a pesar del mucho menor conocimiento de las lenguas clásicas por parte de los naturalistas actuales. Pero es que además, incluso hoy, con cerca de 1,8 millones catalogadas, una gran parte de las especies vivas —incluyendo no solo animales, hongos y plantas sino también los reinos de bacterias y arqueas—, siguen sin ser identificadas ni por tanto nombradas (los cálculos varían enormemente, pero una autoridad como Edward O. Wilson afirma que “las estimaciones del número verdadero de especies vivas va, según el método que se use, de 3,6 a cien millones o más”, con las cifras más probables oscilando entre los diez y los veinte millones, a las que hay que añadir el número en verdad incalculable de las extintas, descubiertas sin cesar por los paleontólogos)<sup>1</sup>.

Cuando nos referimos a cultismos greco-latinos en las lenguas modernas, por otra parte, habría que establecer una distinción previa entre el latín científico como tal y las distintas lenguas europeas. En efecto, así como el latín escrito es capaz de asimilar sin dificultad cualquier nueva formación, es difícil determinar hasta qué punto ciertos tecnicismos zoológicos son en verdad de uso habitual y aceptable en una lengua como el español. Por poner un ejemplo, si bien en general los nombres de órdenes de vertebrados se usan con normalidad como voces españolas (“dermóptero”, “lagomorfo”, “falconiforme”, etc.), se podrían plantear dudas sobre la transcripción o adaptación de algunos (por ejemplo, el de los “escandentios” o musarañas arborícolas, que sonaría bastante mejor como “escandentes”, en la línea de otras formaciones participiales como los “rumiantes”); y en todo caso el uso castellano es a menudo inexistente para algunos de los taxones menos usuales (tan solo la categoría del orden se ha visto a lo largo del tiempo ampliada, por arriba o por abajo, en magn-, gran-, mir-, super-, sub-, infra- y parvódenes, por citar solo los más usuales)<sup>2</sup>.

En cualquier caso, lo indudable es que, como material de prestigio que son, esperamos que los cultismos zoológicos sean fonética, morfológica y semánti-

<sup>1</sup> WILSON (2002) 43.

<sup>2</sup> De ellos, el único que figura en un diccionario como el de María Moliner es “suborden”.

camente irreprochables. Ahora bien, lo cierto es que el estudioso nunca deja de encontrar sorpresas cada vez que se adentra en este campo, como ocurre también en otros terrenos léxicos más o menos especializados. En el campo de la zoología, por las razones antes señaladas, el antiguo léxico griego y latino se ha explotado hasta límites casi inimaginables: casi cualquier palabra, a menudo incluso *hápax*, que por su rareza el clasicista tiene que buscar en un buen diccionario, aparece en algún momento en la terminología taxonómica. Pero esto no es todo: además, hay muchas particularidades fonéticas, morfológicas y semánticas en estas palabras que quizá pasen desapercibidas a sus usuarios habituales, pero a las que vale la pena que el filólogo preste atención.

Hay que recordar, a este respecto, que las recomendaciones que da para la acuñación de la terminología zoológica la autoridad encargada de ello (la “International Commission on Zoological Nomenclature”) son, en líneas generales, bastante vagas. En la última edición de su *Código Internacional*, que data del año 2000, leemos lo siguiente:

Responsibility of authors forming new names. Authors should exercise reasonable care and consideration in forming new names to ensure that they are chosen with their subsequent users in mind and that, as far as possible, they are appropriate, compact, euphonious, memorable, and do not cause offence<sup>3</sup>.

El *Código* no entra, obviamente, en sutilezas relativas a la derivación o la composición con formantes griegos o latinos. Por una parte, no trata de regular la terminología más allá del rango de la familia / género / especie (“The Code does not fully regulate the names of taxa above the family group”), e incluso dentro de ese ámbito se limita más bien a dar indicaciones sobre uso de genitivos y adjetivos en el binomio género-especie (ICZN, art. 31), centrándose sobre todo en proporcionar sensatas reglas prácticas para evitar problemas de homonimia, especialmente a la hora de nombrar el género tipo (en inglés “genus-type”) de cada familia, etc. Por cierto, en el asunto de la concordancia se advierte ya una peligrosa tendencia hacia la disolución del latín zoológico, pues, como se nos dice en la “Introducción” al código, estuvo a punto de aprobarse una propuesta para poder tratar los nombres de especie “como si fueran palabras arbitrarias” y, por tanto, liberados de la obligación de concordar en género gramatical con el nombre genérico al que van asociados. Es cierto que finalmente se rechazó la

<sup>3</sup> La última edición del *International Code of Zoological Nomenclature* puede consultarse cómodamente en [www.iczn.org](http://www.iczn.org). La cita está en ICZN, art. 25, recomendación 25C.

propuesta<sup>4</sup>, pero a pesar de todo ya se admiten casos en que el nombre de especie sea contemplado como un compuesto en mera aposición y, por ello, no tenga que rendir cuentas (gramaticales) al nombre de género (por ejemplo en *Melanoplus femurrubrum*, nombre de un saltamontes, en que *femurrubrum* es tratado no como un adjetivo que califica a *melanoplus* —pues sería en verdad difícil acuñar un adjetivo latino aceptable que significara “que tiene el fémur/muslo de color rojo”—, sino como una mera aposición, de forma que el neutro de *rubrum* viene inducido por *femur*, en vez del género masculino que esperaríamos).

Desde luego, este tipo de libertades causan no poco estupor en el clasicista que se toma la molestia de fijar su atención en estas acuñaciones. Pero la citada Comisión, formada al fin y al cabo por naturalistas y no por filólogos, no tiene más remedio que reconocer la realidad de los hechos en lo que al conocimiento del latín (y del griego de forma implícita) se refiere:

Another major underlying policy issue currently being questioned is the adherence to Latin grammar which the Code requires in a number of its Articles; few zoologists today, or in the future, can be expected to have any understanding of that language and many find the requirements burdensome<sup>5</sup>.

Fuerza es reconocer que la familiaridad con las lenguas clásicas entre el gremio zoológico ha decaído mucho desde los tiempos de Linneo o Cuvier. Todavía el gran naturalista francés, a comienzos del siglo XIX, se permitía el lujo de crear un nombre genérico nada menos que sobre un participio de verbo griego (*Erethizon*, “irritador”, nombre genérico del puercoespín americano, alusivo a sus temibles púas), aunque en tiempos bastante más recientes se podría encontrar todavía algún que otro caso similar (por ejemplo, el *Therizinosaurus* o “dinosaurio guadaña”, con nombre formado sobre *θερίζω*, “segar”).

En todo caso, a quien experimente extrañeza o incluso escándalo ante las nuevas tendencias terminológicas, habría que recordarle, por un lado, que la creación de los términos científicos ha estado siempre, al menos desde Aristóteles, presidida por una gran dosis de arbitrariedad (cf. *infra*); y, por otra parte, que lo que estamos estudiando aquí no son propiamente palabras latinas ni griegas, sino miembros integrantes de un peculiar estrato de vocabulario propio de las lenguas europeas modernas, aquello que Dornseiff llamó acertadamente

<sup>4</sup> ICZN, art. 31.2: “Agreement in gender. A species-group name, if it is or ends in a Latin or latinized adjective or participle in the nominative singular, must agree in gender with the generic name with which it is at any time combined”.

<sup>5</sup> Véase la Introducción al ICZN de W.D.L. Ride.

el “esperanto grecoide” (aludiendo con ello tanto a su carácter esencialmente artificial e internacional como, por medio del sufijo *-oide*, a su peculiar relación con el griego —y el latín— propiamente dichos)<sup>6</sup>.

Hace unos años, en una monografía de conjunto sobre los helenismos del español, ya tuve ocasión de señalar muchas singularidades observables en los cultismos greco-latinos, científicos o no, en diversos planos de la lengua y, sobre todo, en el morfosintáctico. Pues bien, siguiendo esos pasos previos y dejando de lado otras cuestiones (como los problemas de transcripción), podemos ahora hacer un repaso (muy general) de ciertas anomalías o aberraciones —que, por supuesto, solo lo son desde el punto de vista de las lenguas clásicas—, así como de formas abiertamente nuevas de derivación y composición, especialmente las más recientes, observables en el vocabulario zoológico.

1. Particularidades en la derivación: el sufijo esp. *-ido* (lat. *-idae*). Como es bien sabido, este sufijo se utiliza en la taxonomía zoológica para designar familias (“cánidos”, “félidos”, “camélidos”, etc.), y a veces también para designar otros taxones. Este elemento *-ido* (que tiene la forma *-ide(s)/-idés* en francés, y la forma *-id* en inglés) procede del patronímico griego *-ίδης*, a través de su adaptación latina *-idae* (en plural)<sup>7</sup>. El sufijo, conocido ya desde los textos homéricos, se usó en griego ante todo para designar a alguien como “hijo de” (“Crónida”, “Priámi-da”, etc.). El uso patronímico original explica que también se haya utilizado para designar a todos los descendientes —por vía de sangre o por vía institucional— de una persona determinada, como el fundador de una dinastía (los “Lágidas”, los “Seléucidas”, etc.). Con estos precedentes, la biología del siglo XIX decidió utilizar el sufijo, que en latín toma la forma del plural *-idae*, para designar familias de animales a partir del “animal-tipo” correspondiente, lo que no deja de ser más o menos congruente con los valores originales del sufijo griego (los “félidos” no son los descendientes del gato, pero sí todos aquellos animales que comparten con él un antepasado común en la línea evolutiva). Por lo que he podido averiguar, *-idae* fue introducido en torno a 1815-1825 en los escritos de varios naturalistas, entre ellos Constantine S. Rafinesque-Schmaltz, Johann G. Fi-

<sup>6</sup> Véase DORNSEIFF (1950) 8-9; para el sufijo moderno *-oide* remito a BERGUA CAVERO (2004) 186-190. Para una amplia visión general del cultismo (no solo el científico) en la historia del español, cf. GARCÍA GALLARÍN (2007).

<sup>7</sup> Para ciertas explicaciones erróneas (y bastante habituales) del origen del sufijo, remito a BERGUA CAVERO (2004) 162-164.

scher von Waldheim, John E. Gray<sup>8</sup> o Nicholas A. Vigors; no sé a cuál de ellos hay que atribuir los primeros usos específicos, aunque todo apunta a que el primer impulso importante vino sobre todo del excéntrico Rafinesque<sup>9</sup>. Es interesante señalar el desplazamiento semántico en el sufijo, desde “hijo o descendiente de” a “perteneciente a la misma familia que el animal-tipo” (como en “cánidos”), con los matices sobreañadidos que más tarde, a partir de Darwin, introducirá la teoría de la evolución por selección natural (es decir, “que comparte un antepasado común”). Por otra parte, el origen patronímico del sufijo, aplicable por tanto a personas, explica que en el latín científico forme sustantivos masculinos, a pesar de referirse a animales cuyos términos categoriales son por lo general neutros (*Animalia*, *Mammalia*, *Sauropsida*, *Reptilia*...). Ello ha inducido de forma secundaria la creación de alguna otra terminación masculina (como es el caso del sufijo *-inae* para el nivel de la subfamilia, como en *Homininae*). En español, como ha ocurrido con muchos otros cultismos llegados a través del francés, la terminación en *-e(s)* se ha convertido en *-o(s)* (“homínidos”, etc.), lo que los aleja en apariencia de sus predecesores patronímicos (“Homéridas”, “Lágidas”, etc.).

2. Se observan muchas anomalías en lo que se refiere a la evitación del hiato en compuestos o en voces prefijadas. El latín y sobre todo el griego eran en este sentido mucho más estrictos, mientras que en las lenguas y en los cultismos científicos modernos —ya en el latín cristiano se atestiguan casos como *pseudoevangelista*— parece preocupar más la transparencia del compuesto que el contacto, a veces incómodo o poco eufónico, entre vocales o diptongos: algunos ejemplos muy claros podrían ser *Boreoeutheria* (referido a un “magnorden” localizable en el hemisferio Norte, postulado por los nuevos análisis de ADN, y que incluye una gran parte de los órdenes de mamíferos actualmente vivos), o *Eoalulavis* (un ave prehistórica, encontrada en España, y dotada ya de una “alula” como las modernas).

<sup>8</sup> En su artículo (GRAY 1821) se utiliza ya de forma sistemática el sufijo en cuestión para designar las familias entre los mamíferos.

<sup>9</sup> En su *Analyse de la Nature* (RAFINESQUE 1815), se pueden encontrar bastantes nombres en *-idae* (*Dorididae*, *Laridae*, *Meropidae*, etc.), aunque algunos de ellos aparecen con acuñaciones extrañas, de formación poco correcta (*Caeciliidae* en vez de *Caeciliidae*); en no pocos casos son formaciones similares, pero tienen otra sufijación (neutra), que más adelante sería corregida por otros naturalistas para adoptar la forma definitiva (*Lumbricina* será sustituido por *Lumbricidae*, *Pleuronectia* por *Pleuronectidae*, *Vespertilia* por *Vespertilionidae*, etc.).

3. Son frecuentes las vacilaciones en cuanto a la forma elegida para los elementos que integran los compuestos, por ejemplo en el caso de los sustantivos heteróclitos griegos en -μα, -ματος. En ocasiones la vacilación se remonta ya al propio griego (véase por ejemplo δερματοφόρος frente a δερμόπτερος), y de allí se ha podido extender a otros casos, siguiendo una repartición caprichosa pero aparentemente regular, según la cual los términos zoológicos prefieren el formante *dermo-* (como en las tortugas de la familia “dermoquelíidos”, los anfibios del género *Dermophis*, los pterosaurios fósiles del género *Dermodactylus*, etc.), mientras que las afecciones de la piel humana y términos relacionados parecen decantarse del lado de *dermato-* (“dermatitis”, “dermatofito”, etc.).

4. Los recientes descubrimientos y necesidades de la nueva “cladística” han llevado a la acuñación de un cierto número de compuestos copulativos o acumulativos (del tipo de “andrógino” o “tragicómico”), francamente raros entre los cultismos greco-latinos de nueva acuñación, que tienden más bien a obedecer, tanto en el léxico zoológico como fuera de él, el modelo sustantivo + verbo (heterólogos de complementación, como en “mirmecófago”) o al modelo adjetivo + sustantivo (heterólogos de atribución, como en el nombre del ciervo prehistórico “Megaloceros”, dotado de una enorme cornamenta)<sup>10</sup>. Nos referimos a acuñaciones más o menos recientes, a veces con poco más de un decenio de antigüedad, del tipo de *Ferungulata* (los análisis genéticos invitan a postular un “mirorden” que englobaría, entre otros, a carnívoros o *ferae* y ungulados), *Cetartiodactyla*, *Euarchontoglires* (que incluiría entre otros órdenes a primates, roedores y lagomorfos), por citar unos pocos de una larga lista<sup>11</sup>.

5. Uno de los grandes problemas a los que se enfrenta quien acuña nuevos nombres zoológicos es, obviamente, el de evitar que sean demasiado largos, razón por la cual a veces se recurre a formantes griegos o latinos más breves, aunque no necesariamente más apropiados desde el punto de vista del significado. Un ejemplo bastará: el nombre común para el cocodrilo o sus parientes es la palabra griega κροκόδιλος, demasiado larga para ser utilizada en compuestos (aunque sí se usa para nombres sufijados de orden —*crocodilia*— o de familia —“crocodílidos”—, y también para el propio género, como en el *Crocodylus niloticus*)<sup>12</sup>. La solución salomónica para poder formar compuestos relativamente

<sup>10</sup> Para la terminología utilizada, cf. BERGUA CAVERO (2004) 194-198.

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, la obra de referencia de MCKENNA-BELL (1997).

<sup>12</sup> La vacilación entre /i/ e /y/ se remonta, según creo, a la aberrante acuñación del género (*Crocodylus*) por parte de Joseph N. Laurenti en 1768.

compactos fue, a partir de cierto momento, recurrir a *suchus*, transcripción del gr. Σοῦχος. Según Estrabón (STR. 17,38,812), tal sería el nombre de un cocodrilo sagrado al que se alimentaba en Arsínoe de Egipto (y en otros sitios, según sabemos por algunos papiros). Pues bien, sobre una voz tan rara, y en realidad nada griega, se han creado todos los nombres compuestos que ha necesitado acuñar la paleontología en los dos últimos siglos (y son legión, dado que los cocodrilos y parientes llevan más de 200 millones de años pululando por el mundo): *Sphenosuchia*, *Eusuchia*, *Protosuchia*, *Postosuchus*, etc.; también se ha usado para especies vivas, como el *Melanosuchus niger* o caimán negro americano.

6. En un terreno a medio camino entre la morfosintaxis y la semántica, hay que señalar la gran arbitrariedad que se observa en la creación de muchos términos zoológicos. Por ejemplo, los relativos a las categorías taxonómicas mismas: sin ir más lejos, como ya hemos apuntado, la vieja categoría del orden instituida en el siglo XVIII por Linneo se ha visto ampliada, a lo largo de dos siglos y medio, en magn-, gran-, mir-, super-, sub-, infra- y parvórdenes, y en algunos otros menos usuales. La razón para esta ampliación ha sido tanto el descubrimiento de muchas más especies, y por tanto la necesidad de una mayor complejidad organizativa, como la nueva visión evolutiva que supuso la teoría de la evolución de Darwin, que acabó por sustituir el universo linneano, puramente jerárquico, por otro basado en la diversificación y evolución constantes, con múltiples ramificaciones, a partir de un punto<sup>13</sup>. En cualquier caso, quien examine los elementos léxicos latinos utilizados para la ampliación del orden no podrá por menos de sorprenderse ante lo arbitrario de su elección y su ordenación (¿por qué un “mirorden” habría de ser inferior en rango a un “magnorden”?); y lo mismo cabría decir de la posición respectiva de otros taxones como la cohorte, la legión o la división<sup>14</sup>. Pero es que no hay que olvidar que una de las características definitorias del léxico técnico-científico en general es, precisamente, la importancia que reviste la llamada “derivación fabricada”, en la que “el creador de la palabra recurre a formantes que se definen consciente y voluntariamente en el momento en que se instituye aquella”, frente a la derivación “espontánea”, que es la

<sup>13</sup> Sobre los criterios de “clasificación” de los animales en el mundo antiguo, véase la excelente obra de ZUCKER (2005). Para una visión mucho más general de los patrones humanos de clasificación de los seres vivos, cf. BERLIN (1992).

<sup>14</sup> De hecho, es fácil encontrar usos contradictorios de estas categorías, incluso dentro de una misma obra, como por ejemplo en la muy difundida de Benton: véase su clasificación de los peces y compárese con la de mamíferos (BENTON [2005] 389-403).



propia del léxico común o patrimonial de una lengua<sup>15</sup>. Los ejemplos, tanto con elementos griegos como latinos, se podrían multiplicar fácilmente (pienso, en el ámbito de la paleontología y la geología, en la caprichosa, casi extravagante formación de la serie “Paleoceno”, “Eoceno”, “Oligoceno”, “Mioceno”, “Plioceno”, etc.).

7. Entre los fenómenos recientes que afectan a la composición en lenguas como el español y sus vecinas europeas, tenemos el llamado “acortamiento léxico” (“clipping” en inglés), en el cual una palabra ve reducido su significante (que suele ser de longitud considerable), pero reteniendo el mismo significado y categoría gramatical (como en “tele”, “cine”, “foto”, “auto”, etc., que llegado el caso pueden funcionar como primer elemento de compuesto, como en “tele-novela”)<sup>16</sup>. Este fenómeno pertenece en principio al registro coloquial de la lengua, por lo que no lo encontraremos en la jerga biológica como tal; sin embargo, el uso frecuente en inglés de ciertos acortamientos en términos zoológicos usuales como “dino”, “rhino”, etc., ha llevado en ocasiones a la acuñación de compuestos en los que ese elemento abreviado funge ya como sustituto de la palabra completa (así en “dino-parque”, inglés “dino-park”, etc.).

8. Un fenómeno emparentado de cerca con el acortamiento, pero mucho más relevante en este contexto es la amalgama (en inglés “blending”), “procedimiento morfológico consistente en la formación de una palabra a partir de dos [...] unidades léxicas, estando representada, al menos una de ellas, por un fragmento (una o más sílabas) de su significante”, y que afecta muy a menudo a bases de origen griego y latino, normalmente para evitar una longitud excesiva (así “ciber-espacio”, “cinefórum”, etc.)<sup>17</sup>. Esto es lo que ocurre, centrándonos en el léxico específicamente zoológico, en un término tan temprano como “Antilocapra”, acuñado ya en 1815 para un rumiante americano, como mezcla irregular del pseudo-helenismo medieval “antílope” (con una complicada historia detrás) y el latino *capra*. Y dado que el fenómeno se ha hecho relativamente frecuente en las lenguas modernas, sobre todo en el ámbito de la publicidad y del lenguaje comercial, no es de extrañar que la tipología de algunas amalgamas muy comunes, como las relacionadas con “Europa” / “europeo” (por ejemplo “euro-cámara”, “euro-grupo”), se haya podido extender a un término zoológico tan ar-

<sup>15</sup> Cf. MARTÍN ZORRAQUINO (1997) 324, y mis observaciones al respecto en BERGUA CAVERO (2004) 204.

<sup>16</sup> Véase, para más ejemplos, BERGUA CAVERO (2004) 210-211.

<sup>17</sup> La definición es de M. Casado Velarde, en BOSQUE-DEMONTE (1999) 5085.

cano como “Eurotamandua” (referido a un mamífero del Eoceno parecido al tamandúa u oso hormiguero americano, pero descubierto, para sorpresa de los paleontólogos, en los depósitos de Messel, en Alemania). Sería fácil extender la lista de ejemplos más o menos recientes, pero citaremos solo “Pakicetus” (referido a una ballena primitiva, del Eoceno, encontrada en Pakistán) y “Beelzebubfo” (un batracio extinguido, nombrado en fecha tan reciente como 2008, y cuyo poco ortodoxo nombre genérico parece rozar ya la parodia o la broma).

9. Los compuestos en los que aparecen apellidos de naturalistas o topónimos suelen ser problemáticos, como es lógico, dado que incorporan un tipo de léxico que está, en cierto modo, en los márgenes del sistema de la lengua y que, además, normalmente no tiene nada que ver con el griego o el latín (caso distinto, artificial pero casi siempre de fácil solución, suele ser el de los nombres binomiales en que aparece un apellido en genitivo, como en la polilla *Boursinidia darwini*)<sup>18</sup>. Este tipo de compuestos anómalos se empezaron a acuñar ya en el siglo XIX, como *Gastornis* (hacia 1855, en honor de Gaston Planté) o *Leedsichthys* (hacia 1890, en honor de un coleccionista de fósiles llamado Leeds). Pero desde que la zoología se convirtió en una empresa mundial, y además la paleontología comenzó a explorar a fondo zonas muy alejadas ya de Europa o de América, era inevitable que acabaran acuñándose nombres con combinaciones en principio tan improbables como el griego y el mandarín, así en *Changchengornis*, *Myllokunmingia*, *Yunnanozoon*, *Haikouichthys* y un largo etcétera (casi todos nombrados en los últimos veinte años). Es más, se ha dado a veces el caso de introducir en compuestos o derivados palabras comunes de otras lenguas, no europeas, como en el homínido *Ardipithecus ramidus* (de 1995, donde encontramos *ardi-*, palabra de la lengua afar que significa “suelo”, e incluso un insospechado adjetivo latino *ramidus*, derivado del afar *rami*, “raíz”), o en *Kamptobaatar* (un mamífero del Cretácico de Mongolia, cuyo nombre se compone del griego *kampto-*, alusivo a la curvatura del arco zigomático, y del mongol *baatar*, “héroe”). Una vez más, el filólogo puede pensar que aquí estamos ante la disolución de un vocabulario científico coherente, basado desde hace siglos en el griego y el latín, pero lo cierto es que la realidad del mundo multipolar en el que vivimos impone su cuota lingüística, aun a costa de crear extraños híbridos como los citados (y es perfectamente lógico que las lenguas clásicas puedan tener, a los ojos de al-

---

<sup>18</sup> Claro que a veces la acuñación de ese “genitivo” puede resultar chocante o disparatada, al menos a ojos del latinista, como en el muy reciente *Eoalulavis hoyasi* (por la localidad de Las Hoyas, en Cuenca).

gunos científicos no europeos, un resabio colonialista del que sea deseable librarse)<sup>19</sup>.

10. Últimamente asistimos con cierta frecuencia a la acuñación de nombres que parecen salirse deliberadamente de la circumspecta seriedad esperable en esta parte del léxico. En efecto, encontramos por ejemplo “homenajes” de los naturalistas a personas reales o entes de ficción que poco o nada tienen que ver con el animal que es objeto de descripción y catalogación: casos como el de la *Gnathia marleyi* (un crustáceo del Caribe, bautizado en honor del músico jamaicano), la *Scaptia beyonceae* (un tábano recién descubierto en Australia) o, más merecidamente sin duda, el *Attenborosaurus* (un plesiosaurio, en honor del célebre divulgador de televisión británico), por no mencionar los relacionados con personajes de cómic, de películas o series de ciencia-ficción, etc. En ocasiones, la acuñación linda no ya con la suave ironía sino con el puro gamberrismo, como en el caso de una pitón fósil australiana, bautizada nada menos que *Montypythonoides*... El espíritu desmitificador y burlón de la posmodernidad llega, según parece, a todas partes.

Esta breve enumeración de particularidades lingüísticas, sobre todo de uso reciente, no pasa de ser una pequeña muestra dentro de un material amplísimo, casi inabarcable, y además en constante crecimiento y renovación, pero creo que da una idea aproximada del gran interés que puede revestir para el filólogo toda esta región del léxico de nuestras lenguas modernas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENTON, M.J. (2005)<sup>3</sup>, *Vertebrate Palaeontology*, Oxford, Blackwell.  
BERGUA CAVERO, J. (2004), *Los helenismos del español. Historia y sistema*, Madrid, Gredos.  
BERLIN, B. (1992), *Ethnobiological Classification: Principles of Categorization of Plants and Animals in Traditional Societies*, Princeton, Princeton University Press.  
BOSQUE, I.-DEMONTE, V. (eds.) (1999), *Gramática descriptiva de la lengua española*, 3. Entre la oración y el discurso / Morfología, Madrid, RAE.  
DORNSEIFF, F. (1950), *Die griechischen Wörter im Deutschen*, Berlín, de Gruyter.  
GARCÍA GALLARÍN, C. (2007), *El cultismo en la historia de la lengua española*, Madrid, Parthenon.  
GRAY, J.E. (1821), “On the natural arrangement of Vertebrate Animals”, *London Medical Repository* 15, 296-310.  
ICZN (= *International Code of Zoological Nomenclature*), en [www.iczn.org](http://www.iczn.org).

<sup>19</sup> Pueden leerse interesantes observaciones sobre este tipo de sesgos en la nomenclatura biológica, empezando por el prejuicio antropocéntrico, en el trabajo de VIEJO MONTESINOS (1996).

- MARTÍN ZORRAQUINO, M.A. (1997), "Formación de palabras y lenguaje técnico", *Revista Española de Lingüística* 27, 317-339.
- MCKENNA, M.C.-S.G. BELL (1997), *Classification of Mammals*, Nueva York, Columbia University Press.
- RAFINESQUE, C.S. (1815), *Analyse de la Nature ou tableau de l'univers et des corps organisés*, Palermo, edición del autor.
- VIEJO MONTESINOS, J.L. (1996), "El hombre como animal: el antropocentrismo en la zoología", *Asclepio* 48.2, 53-71.
- WILSON, E.O. (2002), *El futuro de la vida*, trad. esp., Barcelona, Galaxia Gutenberg (= *The Future of Life*, Nueva York, Knopf, 2002).
- ZUCKER, A. (2005), *Les classes zoologiques en Grèce ancienne, d'Homère à Élien (VIIIe av.-IIIe ap. J.-C.)*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence.